

**HOMO HOMINI LUPUS:
UN DESTINO INEVITABLE
O COMO TRABAJAR PARA DECIR NO
A Alain Resnais y Jean Cayrol
Nuit et Brouillard**

CENTRO "PRIMO LEVI"
26 de Junio de 2003. París - Francia

Marcelo N. Viñar
Mborayú - Otoño, 2003

1. La tortura en el mundo actual.

Hace ya muchos años, (en Humanismo y Terror) Maurice Merleau Ponty, señalaba que la medicina y la tortura guardan entre sí una afinidad tópica en el sentido de que ambas se alojan en y colonizan el espacio de intimidad del cuerpo sensible de alguien humano: una para salvarlo, la otra para destruirlo.

Cierto estupor brota al pensar juntas nociones tan antinómicas como las de medicina y tortura, pero su virtud es apuntar y hacer elocuente y central ese espacio de intimidad donde habitan desde siempre, en forma virtual y potencial, miedos ancestrales como el terror al dolor infinito. No tanto el miedo a morir, sino a algo peor aún, el miedo a la agonía interminable y sin fin, que es figura universal de los mitos, de las fobias y los cuentos infantiles, y algunos mitos religiosos. Un universal que nos habita desde nacer hasta morir.

La enfermedad y la tortura trocan en actual y patente, esa virtualidad que desde siempre conocimos y que estuvo allí, merodeándonos, asediándonos en silencio, indicando un zócalo fundante de la condición humana: el cuerpo sensible y la palabra que lo expresa.

Frente a la masificación de la barbarie y al uso mediático del horror como espectáculo, conviene rescatar el carácter central de la intimidad. Es menester poder preservar la singularidad del padecimiento y sus antídotos, Identificar también como cada quien sucumbe o se defiende. El universo estadístico, de magnitud monstruosa, debe contarse, entonces uno por uno. Porque en el oprobio extremo, un solo ser humano es toda la humanidad, a la vez único y distinto, representante y portavoz de todos.

Esta comprensión es crucial en un centro de soins et soutien para afectados. La respuesta al sufrimiento extremo es tan diversa como es diversa la idiosincrasia humana. No hay - no debe haber - ni síndromes ni tratamientos standards - y si ello ocurre, y es frecuente, se crea un espacio de simulación y de impostura.

Es esa zona de secreto y de opacidad, cogollo de lo que llamamos lo más propio e íntimo del sí-mismo, lo que se ve amenazado e invadido en la tortura, un punto colindante con la locura: "Ya no seré el mismo, ... seré otro ... desconocido ... ¿me reconoceré?" Ese fantasma de metamorfosis del psiquismo, de su descomposición y ruina, es agobiante. El protagonista de 1984, de Orwell y su sumisión al Big Brother es una figuración paradigmática del efecto del terror. Esta definición del efecto de la tortura me parece mas veraz y elocuente que su definición instrumental por los instrumentos de martirio físico y moral.

Reedición actual del desamparo originario que nos funda como humanos en una dependencia extrema, en una dereliction que solo transitamos exitosamente en el cuidado amoroso (alimento y mirada, palabra y afecto) de quienes nos rodean. En esta reedición de la indefensión de los frágiles comienzos, que el dolor del cuerpo promueve, el otro de la medicina se

ofrece como salvador, el de la tortura como monstruo aniquilador que ríe triunfal cuando gemimos.

En un pasaje inolvidable, Primo Levi evoca el momento de su ingreso al Campo de Concentración, el encuentro de miradas con el médico que procedía a su admisión, el Dr. Pankow, donde bastó un instante para que él leyera el mensaje de esa mirada: "Tú eres un sub-hombre"

Algo de esta índole (hante) obsesiona las cogitaciones del candidato a la tortura, del prisionero a la espera del martirio. ¿Seré traidor? ¿Seré héroe? ¿Cómo morir para evitar la agonía?

Miedo ancestral que todos conocemos desde las noches de infancia, de las fobias infantiles, y que se actualizan en la inminencia de la tortura. Miedo que es activo y eficaz para enloquecer aún antes de que funcionen los dispositivos específicos para provocar el martirio y la humillación. De ahí la arrogante jactancia de los aparatos represivos, sus hirientes argumentos de eficacia para quebrar al enemigo.

Con esta perspectiva quiero arrancar el tema de un extravío habitual que es el de la victimología y la medicalización, las que con un recurso beato al altruismo segregan y alienan al torturado de su condición ciudadana, de su condición de semejante y alter-ego.

La tortura no es una enfermedad del torturado, es un mal endémico de la civilización, que crece y se expande con el progreso como cualquier tecnología perfectible y robotizable, como cualquier industria. La tortura moderna, decía Michel De Certeau, no es un barbarismo retardatario, sino una necesidad del poder en la sociedad moderna, su reverso abyecto pero

necesario. "No soy un enfermo, sino expresión de mi época", clamaba David Roussett. Desde aquí a las descripciones sintomáticas del Post Traumatic Stress Syndrome, hay un abismo, el de la aseptización del quirófano.

Hablar de la tortura, entonces, no es hablar de víctimas y afectados, de sus estigmas y secuelas, sino usar su testimonio y humanidad para denunciar un orden de convivencia que solo puede fundar su existencia y sobrevivencia en la destrucción del Semejante. Solo se puede escuchar a un torturado y atisbar una comprensión de su persona, si nos atrevemos a asomarnos al orden opresor que lo destruyó. No solo para restañar sus heridas, sino para restituirlo a un orden humano y a su condición de Semejante.

"Si el verdugo es una abyección, la condición de víctima no vale mucho más. Lo propiamente humano en alguien destinado al matadero, es su resistencia, casi insensata y casi impensable, de que mediante un esfuerzo inaudito se obstine en seguir siendo sí-mismo y no se acomode al lugar asignado para la víctima.

El trabajo de subjetivación es la lucha entre el lugar asignado y el lugar asumido,"¹ sostiene Alain Badiou

Si la intimidad del cuerpo sensible es lo mas secreto y opaco que tenemos cada uno -(o el oximoron de lo que nos es más propio y más ajeno)- hablar públicamente sobre la tortura y el torturado no es una operación ni simple ni inocente, ya que subvierte la barrera entre lo íntimo y lo público. El

¹ Badiou, Alain, en una entrevista

recato del testimonio no puede ser pervertido en la escena pública del espectáculo.

Y esto siempre se presta a deslices y a errores bochornosos. Por eso Imre Kertész culmina su libro "Sin destino", sobre la figura conmovedora del adolescente judío saliendo del campo de concentración, con escenas de incomunicación entre el retornante y quienes lo reciben, incomunicación que va desde el desdén con los viejos conocidos, a la furia en el encuentro con el periodista humanista. Figura esta, la de la incompreensión entre los que vivieron el horror y los otros, que también desasosegaba a Primo Levi y a Robert Antelme.

Metáfora de dos mundos incomunicados y no miscibles, de una radical heterogeneidad que alimenta la sordera entre el mundo de los afectados y de los supuestos indemnes y llevaba a Michel de Certeau a exclamar con simplicidad elocuente. "De la tortura: de eso, no se quiere saber, ni se puede creer". Sordera activa, por una parte peligrosa porque encierra al sufriente en un ghetto, también imprescindible porque nadie puede vivir solo en la melancolía, sofocado por lo más abyecto de una acción humana, intencional y metódica. Por eso Antelme reclamaba "la invención" para poder dar cuenta de lo acontecido. Hay realismos pueriles y obscenos.

Se suele pensar que el eje explicativo que organiza lo que pasa en la tortura es el martirio físico. El refinamiento de la crueldad va un paso más allá de la descripción de los dispositivos técnicos que exhiben los museos sobre la tortura (los antiguos en exhibiciones ambulantes que he visto en capitales europeas, y de los modernos lo mejor es el manual para interrogatorio de subversivos que difunde la escuela de Panamá del Comando Sur del Ejército de los EEUU) y que son meros recursos

instrumentales. La finalidad es transformar a la víctima en una caricatura y en un desecho de sí mismo, mero títere de la omnisciente y omnívora voluntad del dispositivo torturador, metamorfosis que uno de nuestros pacientes llamó "la demolición". ¿Cómo llamar al camino de retorno, al de reparación de la dignidad y condición humana, que es la razón de ser de este coloquio y del Centro que lo alberga?

2. Los efectos del terror.

Freud recoge de la novela policial una frase trivial que luego su genio hace trabajar: "Es más fácil cometer un crimen, que borrar sus huellas". Con la tortura sistemática del mundo moderno podemos recurrir a un razonamiento análogo.

En los momentos calientes de la historia, poder y contra-poder juegan no solo argumentos, intrigas y batallas, sino actos monstruosos donde la tortura sofisticada y sistemática y la desaparición son acontecimientos extremos y relevantes del proceso. El aparato represivo del estado es una institución prestigiosa del estado moderno. La prueba: Bush padre y Vladimir Putin, llegan al sillón presidencial desde la dirección de la CIA y la KGB, curiosa coincidencia este salto de la policía secreta a la jefatura de gobierno en las naciones más poderosas del mundo.

Más tarde, tal como dice la sabiduría rabínica, ya ni Dios puede cambiar el pasado. En los procesos de Reconciliación que siguen a los espasmos de la guerra interna o transnacional, la verdad y la justicia sobre lo acontecido son el nudo residual más largo y difícil de acomodar. En las colectividades afectadas, la memoria sacralizada del ancestro mancillado

divide a los mansos - que piden paz y reconciliación - y a los halcones, que piden lo que unos llaman justicia y otros venganza. Dan Bar-On, psicólogo israelí, que trabaja en el límite con Gaza, que promovió el diálogo entre hijos y nietos de los perpetradores nazis e hijos y nietos de la Shoah, cuenta que dos padres, uno judío y otro palestino, que habían perdido hijos en la guerra, logran dialogar. Luego de este encuentro ambos fueron expulsados de sus comunidades respectivas, expulsados y parias entre los suyos. ¿Qué diríamos de ellos? O que podemos decir de nosotros - desde París o Montevideo - a través de la anécdota que les cuento.

La distancia no es solo geográfica, ni siquiera cultural, menos aún étnica o económica. Es que cada sujeto no es el mismo en situación de paz y de beligerancia. Es esta metamorfosis del Sujeto colectivo lo que hay que buscar entender. Vuelvo a las páginas finales de Sin destino de Kertesz, donde el púber judío que retorna del Campo - se encuentra con los familiares y amigos que no pasaron por allí, y con el periodista humanista que quiere hacer de la experiencia una historia ejemplar y publicable. Es un momento magistral del escritor, el mostrar que no hay lenguaje común, que los códigos entre una palabra civilizada como la que intentamos en este instante y el código que circula en el mundo concentracionario, no tienen común medida ni justa traducción posible. Allá nuestra lengua no existe, acá el horror se disfraza de metáfora comunicable.

Se puede leer Kertesz hoy, o Antelme y Levi hace unas décadas y la idea central es la misma: lo intransmisible de la experiencia los acosa y obsesiona; acosa para siempre a quienes han padecido la experiencia inhumana de haber sido destruidos por otros humanos, en una acción intencional y metódica.

Lo incomunicable toma el carácter de urgencia por testimoniar y transmitir. Testimonio que es mensaje testamentario y último empeño, para ligarse (como dice Antelme) a su pertenencia a la especie humana, y por eso les es perentorio inscribirlo como legado.

Es el problema que - con su perspicacia habitual - trata de evidenciar Hanna Arendt en Eichmann en Jerusalén o la Banalidad del Mal. El funcionario asesino no es un monstruo malvado, es un imbécil corriente - como puede serlo cualquiera de nosotros puestos en el engranaje siniestro de la KGB o de la CIA. La mayoría corriente de los seres humanos, responderíamos con la eficiencia burocrática de ser espléndidos asesinos, en nombre del bien y contra el mal. (Bush y Sadan Hussein nos dejan marketing y clientela para décadas)

¿Cómo revertir esa entropía que nos hace átomos anónimos de una masa que no piensa y solo es empujada por el carisma de los líderes?

La solución más fácil y recomendable es la de "Cantemos bajo la ocupación". Esperar que la tormenta pase y vuelva la normalidad confortable. Tanto durante la ocupación nazi, como en las dictaduras Latinoamericanas, para un sector importante de la población el horror es un hecho marginal y evacuable de la mente. "Un detalle en el curso de la historia" como dice la frase célebre de un exitoso político francés.

Al horror nadie lo soporta en la mente - la burguesía y la intelectualidad progresista no pueden hoy hacer otra cosa que desconocerlo para convivir con la miseria del tercer mundo. El gesto tendencial de la mente es mitigar

y abolir el problema - borrar su impacto - y a veces hasta evolucionar hacia la indiferencia y el anonadamiento, que nos lleva a concluir en la falsa racionalización de un fatalismo histórico, de un orden natural de las cosas, que son como son porque no pueden ser de otro modo. Esta mentira nos convence o nos anonada en la rutina de la vida cotidiana. Para trabajar estos temas hay que tener algo de loco iluminado, no sé si pronunciar este rasgo con orgullo o con bochorno. Hace unas décadas Michel De Certeau hacía de este parámetro del desconocimiento y la ignorancia activa, un eje vertebral de su reflexión y su denuncia. La sociedad bien pensante es incrédula: De la tortura, nadie quiere saber ni puede creer. Al menos en caliente, Semprun vaciló 40 años para escribir "La escritura o la vida"

¿Cómo distinguir entre violencia mortífera y violencia transformadora y fundadora? Los límites de estas preguntas nunca fueron netos y en esta época presente de ideales ambiguos lo es menos aún. La única nitidez parece ser la de discursos enajenados y puritanos como el de Bush, Houssein, Sharon o los Ayatolas o cualquier otro fundamentalismo iluminado. La función militante de un centro como este - en la ideología que lo anima y lo impulsa -, es la de resistir a la simplificación binaria entre el bien y el mal.

3. Traumatismo Histórico versus Medicalización.

En nuestra práctica terapéutica sabemos que la manera de nombrar los hechos no es accesoria ni inocente, que al contrario, la nominación consolida la manera de ver las cosas y organiza la naturaleza de los hechos y los objetivos del proceso terapéutico. No hay semiología ni

descripción objetiva sino como afirma Cassirer, cada percepción es ya una organización del campo y por lo tanto una interpretación.

Neurosis traumática, es un término que quiere designar el desajuste de un aparato psíquico que permanece capturado y encerrado en el horror de la violencia del trauma, sin poder hacer la separación y la disociación necesaria entre el tiempo pasado y el tiempo presente. Que queda para siempre anclado y fijado a un pasado e impide proseguir el movimiento infinito de la metáfora inherente al estar vivo. Neurosis pues, mismo si el adjetivo de traumática le agrega, que la etiología viene del exterior, de lo social violento y no de la escena íntima del Edipo.

Somos herederos de esta taxonomía bien admitida, la noción bien conocida de neurosis traumática y/o neurosis de guerra, a la que se agrega ahora - ¡viva la anglofonía! - la expresión Post Traumatic Stress Syndrome del Sobreviviente.

Una nomenclatura que pretexta una descripción objetiva y objetivante organiza bien las cosas: que hay enfermos, que hay sufrientes y que hay ciudadanos y terapeutas de buen corazón que están dispuestos a ayudarlos, a tratarlos pero que están indemnes de esta enfermedad del siglo XX, del horror de la guerra y de la tortura sofisticada, que están preocupados por la solidaridad pero no están tocados por el Mal. Sabemos bien desde Foucault, como la taxonomía logra definir la organización de un campo panóptico. Hay una cierta complacencia recíproca entre la víctima y su terapeuta, de que habiendo un indemne, se constituya como fetiche el lugar de la indemnidad que exorcice la posibilidad de este cáncer del lazo (lien) social.

Pero el horror de la guerra, del genocidio y de la tortura ¿a quién le pertenece? ¿a las víctimas o a la especie humana?

¿Cómo puedo saber, cómo podemos saber, que lo que pasa hoy en Yugoslavia o en Gaza, o ayer en Montevideo, Chile o Brasil o hace unas décadas en Turquía con los armenios o durante 2000 años con los judíos y su culminación en la Shoah, no va a ocurrir mañana en casa? El Uruguay era la Suiza de América, nunca soñamos que eso nos iba a ocurrir, porque también habíamos borrado y olvidado el genocidio indígena. Lo que trato de transmitir pretende ir más allá de un mensaje panfletario y emotivo, Trato de poner en evidencia una noción que me parece princeps para la recepción de lo traumático en la violencia política. Que no es la enfermedad del aparato psíquico y del soma de alguien (también lo es evidentemente) sino que hay que inscribir este padecimiento dentro de la historia y de una pandemia de la humanidad. El viraje no es menor, no es lo mismo sentirse un enfermo aislado que sentirse un átomo y formar parte de la especie humana.

En la situación terapéutica se juega la alternativa entre recepcionar lo traumático o protegerse en la posición panóptica, con su corolario estigmatizante y sus beneficios secundarios.

Sentir que nuestra pertenencia a la especie humana está amenazada, como gritaba Antelme saliendo de Dachau, en su delirio tóxico provocado por el hambre y la disentería, que no quiere perder -si se cura- la lucidez que solamente su delirio le permite sostener.

4. Una enfermedad de la Civilización.

Entonces, como sostiene Michel Certau, pensar y decir la tortura y el genocidio implica un nuevo estatuto de la palabra, en su relación a la crueldad, e inaugura una nueva dimensión de la función política de la palabra. No hay una relación directa y biunívoca entre la materia discursiva y su función y una empresa de exterminio.

Hoy aquí, no nos cabe describir y denunciar el horror, porque para los que algo sabemos, no es necesario ni bueno regodearse en el escalofrío de su evocación voyerista, ni en la reiteración traumática e inútil de una palabra catártica y repetitiva. Tampoco es necesaria la narración de la escena sádica para ese sector social que no puede creer ni quiere saber.

Entonces, nuestro desafío es generar un intervalo, una distancia necesaria, entre el estremecimiento del terror y su relato y reflexión, gesto que nos permitirá ahondar la comprensión de un nexo estructural entre el hecho social violento y su borramiento o negación. Yo sitúo en este nudo - de búsqueda significativa - la básica razón de ser de nuestros encuentros, coloquios y congresos.

Tratemos entonces de descentrarnos de esta guerra entre los militantes de la memoria y los traficantes del olvido, no por renunciar al compromiso ético-político, sino por la convicción (tal vez fanática), de que sólo la aprehensión de una arista de la verdad humana permite el cambio, de que sólo un discurso comprensivo supera la aporía de posiciones encontradas y opuestas y permite la transformación.

¿Cómo entender la coexistencia y la confrontación en la sociedad entre el reconocimiento y la negación de la abyección de la tortura y el genocidio?

Empecemos por nuestras antípodas: empecinamiento en negar, o banalizar, esto es, suprimir o transformar en anodino o irrelevante lo que a nosotros nos parece sustantivo y crucial en la historia de nuestros tiempos; lo que nos parece un operador decisivo en el rescate de nuestra identidad y proyectos colectivos.

Primera constatación, el drama se juega siempre en presente y en futuro, no es una nostalgia escatológica.

El declarar no tematizable, olvidable y sin consecuencias este tema es un desafío a la comprensión histórica –en sus facetas políticas y científicas en la frontera de distintos saberes y discursos.

No nos dejemos enceguecer por el escándalo de la negación, por una falsificación que no sólo es profanación de memorias, sino que amenaza a nuestro presente y futuro como comunidad humana. Pensemos en algunos efectos y consecuencias de esta negación.

La afirmación de inexistencia del horror – por negación o banalización – no es sólo una falsedad sino la afirmación de un sin sentido. Es un acontecimiento cuya existencia se sabe y se oculta. Es por lo tanto la afirmación de un ocultamiento, no del silencio sino de la inscripción activa de un agujero: la abolición de un real acontecido, que suprime la argumentación, y por consiguiente la posibilidad de inscribir su significación. Vale aquí la argumentación lacaniana de que la supresión de un eslabón significativo en la cadena simbólica, retorna como alucinación.

No se trata entonces sólo de refutar la mentira intencional de la minoría que quiere borrar, sino de restablecer la naturaleza de lo acontecido; no sólo en sus efectos de verdad histórica, sino de reinscripción simbólica.

La inscripción del acontecimiento, (y llamamos aquí acontecimiento al genocidio y a la tortura con que las dictaduras asolan nuestras comunidades) exige una conjunción entre los hechos y su significación. Exige una articulación y anudamiento entre sentido y subjetivación. La omisión en este eslabón decisivo de la significación es un proceso que no sólo mantiene la impostura sobre un crimen del pasado, sino que instala la amnesia activa y el sin-sentido como pauta de funcionamiento social y subjetivo, es decir, detiene el proceso metafórico metonímico que debe ser incesante e interminable. Solamente si se restablece una veracidad posible, se puede lograr habilitar y abrir nuevas secuencias de sentido. La restitución de memorias que engancha y anuda esa recuperación del pasado, vuelve a poner en movimiento – movimiento incesante e interminable que es propio de la vida psíquica y de la vida social – lo que la amnesia activa por el miedo (un miedo las más de las veces no reconocido) había transformado en el agujero negro de la omisión significativa.

Una experiencia histórica en curso cuya observación y análisis me parece crucial es la que en Sud África ha emprendido la Comisión para la Verdad y la reconciliación, luego de un siglo de la abominable experiencia del Apartheid. No conozco exhaustivamente la experiencia, solo el excelente

*trabajo de Charles Villavicencio: "Neither too much nor too less justice"
(Ni demasiada, ni demasiada poca justicia)*

Los protagonistas entendieron que ajusticiar a los culpables llevaría a una espiral interminable de venganzas y que las simples leyes de amnistía e impunidad llevarían una secuela de interminable resentimiento.

Optaron – no conozco otros precedentes en la historia - por confiar en el valor simbólico de la palabra. Cada torturador y terrorista solo podían acceder al indulto y lograr la amnistía mediante la confesión pública minuciosa y detallada de sus actos ominosos. Miles de horas de procesos públicos fueron registrados y difundidos por radio y televisión. Los culpables son desterrados para iniciar en otro lugar otra etapa de su vida, pero se les eximía de prisión. Solo la confesión lograba el indulto. El destinatario de esta operación de justicia no era el agente individual, sino la transparencia en una sociedad multirracial que se había odiado durante un siglo. Es a la sociedad toda, sin negaciones ni desmentidas, en un trabajo de transferencia de elaborar sus culpas y reparaciones.

La problemática que abordamos es el Traumatismo Histórico, los efectos en el psiquismo y la cultura de la guerra, la tortura y el genocidio. Sería un error pretender que el campo de la psicopatología las abarque exhaustivamente. De querer hacerlo, ocultamos, en nombre de una ilusión generosa pero reduccionista de la ciencia psiquiátrica, y entramos en colisión y en peligrosa complicidad con la sociedad bien pensante que quiere ayudar a las víctimas pero desconocer lo esencial del problema. El objeto a investigar no es sólo la rehabilitación de las víctimas, si no que nuestro objeto es una patología del lazo social, es el enigma de cuánto y

cómo el hombre deja de verse y reconocerse en el rostro del prójimo y transforma a su semejante, en enemigo.

En la etiología del genocidio, la guerra y la tortura han afectado no sólo los individuos sino la naturaleza del lazo social, que concierne a la comunidad en su totalidad, sin clivaje entre sanos y afectados.

Desde el psicoanálisis sabemos de la larga peripecia que comporta en el psiquismo de cada sujeto, la generación, el reconocimiento, la tolerancia y la legitimación de la alteridad. Reconocer la existencia del diferente y permitirle manifestarse en su propia especificidad. Peripecia anfractuosa e interminable, que en definitiva jamás logramos totalmente. Pero es diferente asumir como conflicto el reconocimiento del otro y tramitar la pluralidad, a convertir el "alter" en "alienus" (al otro en enemigo) y autorizarse a su destrucción.

Este difícil trabajo interior se redobla y amplifica en los grupos, colectividades o movimientos que cultivan como ideal la pureza de los orígenes desconociendo lo plural y la diversidad como la arista más rica y fecunda de la evolución humana. La figura de la víctima y la intensidad de su dolor puede encandilarnos e impedirnos visualizar que la constitución del alter y el reconocimiento del enigma de los orígenes, (que el mito de la pureza viene a obliterar), constituyen puntos centrales de investigación, en tanto desafío ético, político y epistemológico para la prevención de la tortura y del genocidio.

Dice Jean Cayrol en Nuit et Brouillard:

“En las aguas frías y opacas de la mala memoria la guerra adormecida siempre tiene un ojo abierto. El ardid nazi, parece o pareció fuera de

moda, el crematorio está en desuso, pero ¿quien nos advierte del retorno del nuevo verdugo?"

"Miramos respetuosamente las ruinas como si el monstruo concentracionario yaciera bajos los escombros. Fingimos creer que todo fue en una sola época y en un solo país, fingimos recuperar la esperanza ante una imagen que se aleja como si pudiéramos curarnos de la peste concentracionaria y no oír más los gritos que prosiguen sin cesar en algún lugar del mundo" **Alain Resnais y Jean Cayrol**²

Dr. Marcelo N. Viñar
Mborayu, Enero, 2003.
Joaquín Nuñez 2946. CP. 11300
Montevideo, Uruguay.
maren@chasque.apc.org

² Resnais, Alain // Cayrol, Jean. *Nuit et Brouillard. (Noche y Bruma)*